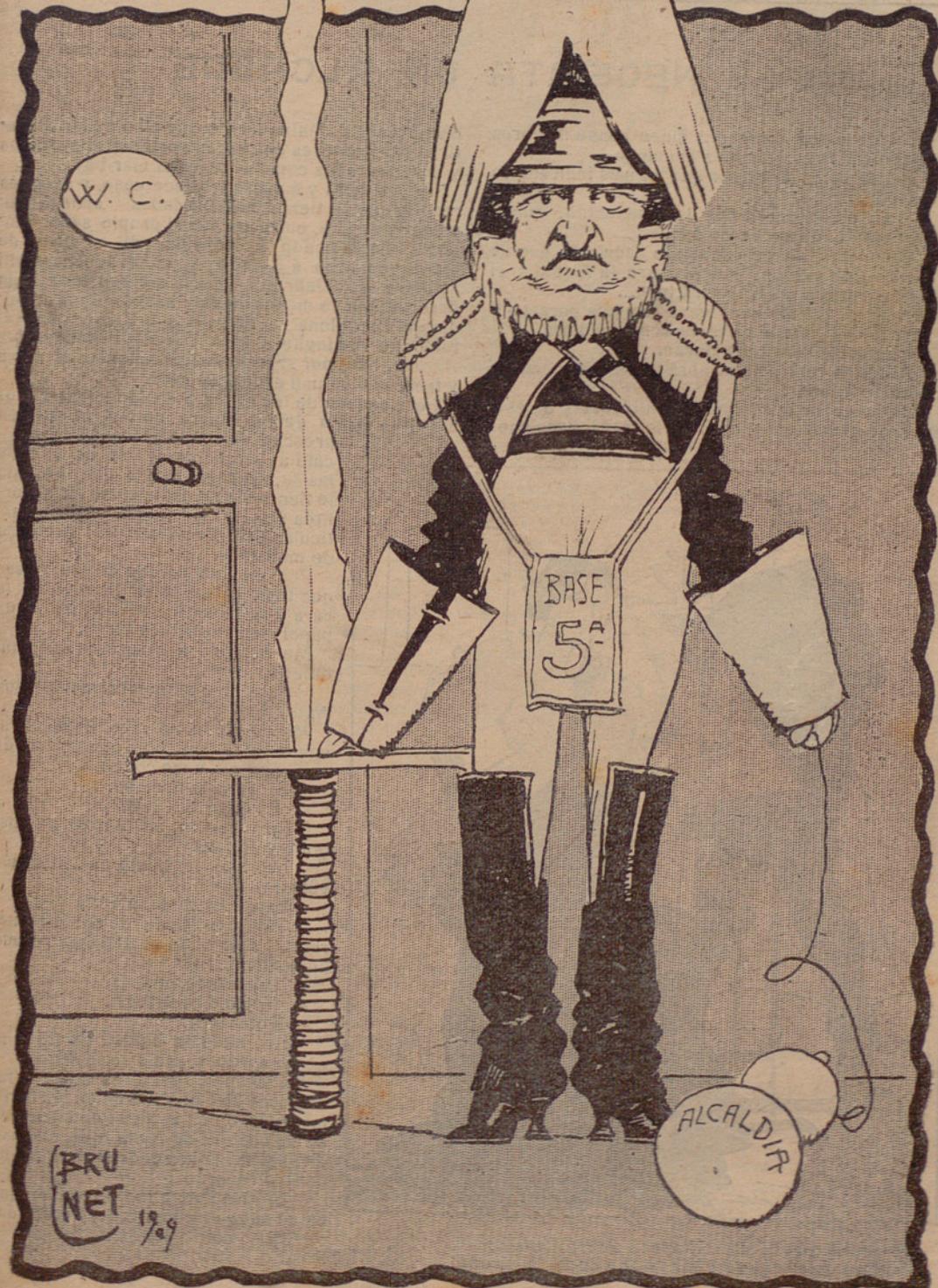
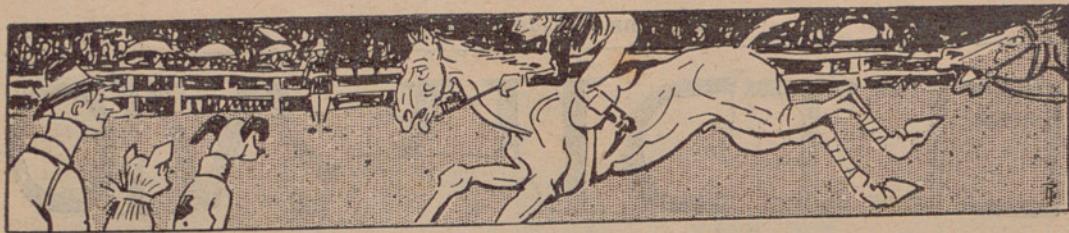


EL DÍA VIVO



Muchas indulgencias, pero... ¡adiós para siempre Alcaldía!



SE NECESITA UN ALCALDE

—Puedo usted decir que quien reune mayores probabilidades es Martínez Domingo...

—Puede usted asegurar que el más indicado es Monegal...

—Diga, sin temor á que le desmientan, que el candidato de Maura es Boladeres...

—Boladeres no es candidato nada más que de sí mismo. La persona que ocupará la Alcaldía, si quiere aceptarla, es Gabriel Lluch...

—A mí me consta que Maura trabaja para convencer á un diputado de la derecha solidaria...

—El alcalde será Luis Durán...

—Antes de cuatro días habrá firmado el nombramiento de Rubio...

Este juego de ir soplando confidencias de este tenor de grupo en grupo se lo traen hace unos

días Monegal, Maluquer y algún otro de los dinásticos barceloneses que vagan por Madrid perdidos y desorientados como el alma de Garibay.

Uno es débil y á veces les hace caso, y después resulta que ni tiene probabilidades Martínez Domingo, ni nadie, como no sea el propio señor Monegal, ha indicado á Monegal, ni en casa de Maura conocen á Boladeres, ni se acuerdan allí de que exista Gabriel Lluch, ni quieren usar de la derecha, por lo menos en este asunto de la Alcaldía de Barcelona. Y en cuanto á Rubio, don Antonio no distingue á otro que al imponente Azorín, que, por si no lo sabían ustedes, es rubio y fresco como una espiga de maíz.

Pero saquen de las cabezas de Maluquer y Monegal la manía de que Maura no vive ni sosiega preocupado con la provisión de la Alcaldía barcelonesa, que es una de las 49,323 cosas que á don Antonio le tienen sin cuidado, como diría Carlos Ossorio si fuese secretario particular del presidente del Consejo de ministros.

Por oír los cantos de esa sirena que tiene escamas en la piel de la cara y se llama Maluquer hice yo un papel ridículo la otra tarde.

Me acerqué á Maura, preguntándole:

—¿Hay algo del nombramiento, don Antonio?

Maura me miró algo despectivamente, el pobre no sabe mirar de otra manera, y me contestó:

—Sí, ya está firmado.

—¿Es Gabriel Lluch?

Maura estuvo meditando un instante y dijome:

—No... no se llama así... Es más vulgar el apellido.

—Entonces será Rubio...

—Tampoco. Nada de rubio ni moreno. Un apellido de algo que parece alimenticio...

—¿Boladeres, quizás?

—¿Cómo dice usted?

—Boladeres

—No, nada de bolas. En fin, que no recuerdo. Canals se lo dirá

Me despedí del residente y fui en busca de Canals, á quien encontré merendando en el bufet en compañía de un cacique de Avila que, además de pagarle la merendona, le llamaba don Salvador.

—El residente me ha dicho que usted sabe el nombre del agraciado.

—Sí... don Florencio Benítez y Ruiz.



—Parece que hoy tose usted mucho mejor.

—¡Cómo que estuve ensayando toda la noche!

—¿....?

—¿Que de dónde hemos sacado este hombre? Pues de donde había mos de sacarle, de los hospitales.. Es persona de gran competencia en la carrera. Hasta su paisano de usted Cambó lo había recomendado.

—Perdone usted, pero no le conozco, y aun cuando Cambó lo haya recomendado y tenga fama en los hospitales, me permito manifestarle que en Barcelona será muy mal acogido. Se creerán que es una burla sangrienta.

—¡Y qué les importa á los de Barcelona! ¿También van á meterse en que nombremos vocales del Consejo central de Sanidad á quien nos parezca más conveniente?

Poco faltó para que me desmayase.

—Pero... si creí que se trataba del alcalde de Barcelona!..

Canals soltó una carcajada y bebió se la cuarta ó la quinta copa de Jerez.

—No hemos pensado en nombrar alcalde de Barcelona por ahora.. El nombramiento que hí y nos pre ocupaba era el de ese señor vocal del Consejo central de Sanidad, que ha costado una verdadera batalla de influencias. Ya ve usted, hasta Cambó...

—¡Sí, ya veo! Pero como que Maluquer dijo...

—No le haga usted caso á Maluquer...

—Pero Monegal...

—También oco debe usted hacer caso á Monegal.. Y Canals, á quien los efectos de la merienda habían despertado una locuacidad exagerada, añadió:

—De la Alcaldía de Barcelona hemos hablado alguna vez con don Antonio, sin resolver nada, porque ninguno de los candidatos que aceptarían acaba de llenarnos. El Gobierno quisiera un hombre nuevo, poco gastado, de sentimientos dinásticos bien arraigados, que fuese sinceramente maurista...

—En estas condiciones como no sea Vidalito... —insinué.

—¿Y quién es Vidalito?

—El chico de Vidal y Ribas. Hombre nuevo, dinástico de temple muy maurista. Nada, las condiciones de que usted hablaba.

—¿Tiene buena posición social? —preguntó Canals, interesado.

—Creo que sí. Su papá, por lo menos, siempre que habla dice: «Los que sabemos lo que cuesta ganar el primer millón de duros...»

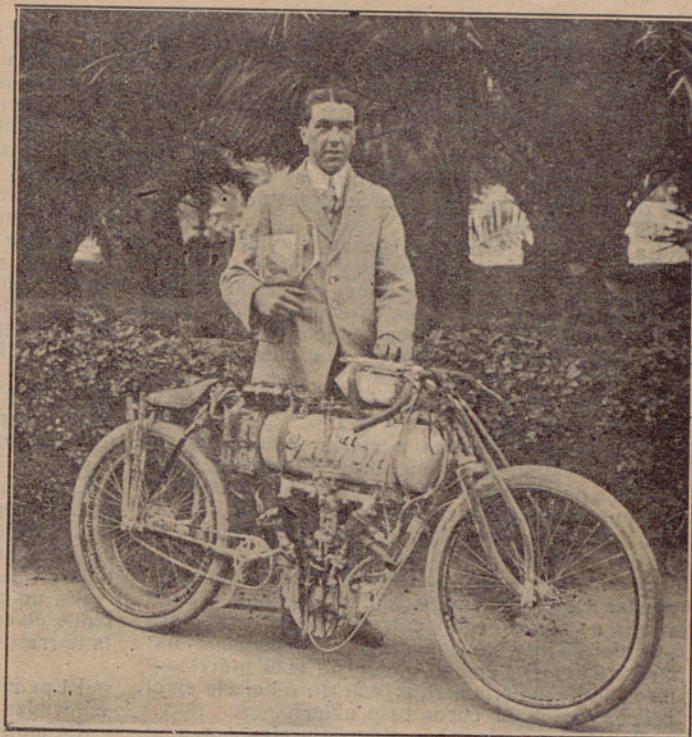
Canals dió un golpe en la mesa, como el hombre que acaba de encontrar solución á un complicado problema.

—Me ha su erido usted una buena idea. Le hablaré á don Antonio. ¿Cómo ha dicho que se llama ese señor?

—En Barcelona le llaman Vidalito.

Canals apuntó en su cartera el apellido de la eminencia que acababa de revelarle y se marchó con el de Ávila, supon o que á merendar de nuevo en cualquier otro sitio.

—Yo... e quedé satisfecho; acababa de hacer una buena obra. ¡Bien puede agradecérmelo Vidalito!



El ciclista italiano Juan Ravanelli, ganador de la Copa Samá en las carreras celebradas en Tarragona.

(Fot. de A. Merletti.)

Le he puesto los galones; ahora que tanto él como su papá se afanen. Tienen el camino expedito y preparado.

Y además la ventaja de que yo no he de cobrarles comisión.

Como esta caen pocas en libra, ¿verdad?

TRIBULET.

Madrid-Junio.



LA MÁSCARA DE LA VIRTUD

Aquel engendro se agarraba á la vida como un desesperado

No quería abandonar el claustro materno, á pesar de las papeletas de desahucio que escribía el médico y despachaba el boticario.

El Hipócrates se declaró impotente diciendo:

—Pueden usarse medios más energéticos; pero se comprometería seriamente la existencia de la madre.

No, no; eso de ninguna manera. La marquesa se encendía á unas veces á las once mil virgenes y se daba otras á cien mil demonios; pero, á pesar de todo, la cosa seguía su curso natural y no se presentaba más solución que la de esperar que pasaran los nueve meses.

La marquesa renegaba, no del pecado, sino de la impremeditación y del descuido, prometiéndose ser más prudente en las caídas sucesivas.

Ya se temía aquellos resultados; pero él...

¿Y quién era él?

Esta era la circunstancia agravante: él era el cochero de la señora; un asturiano tan desarrollado de cuerpo como escaso de inteligencia.

Si aquello se supiera!

La marquesa era una jamona muy apetitosa, morena y regordeta, graciosa y vivaracha; presidia una infinidad de Asociaciones religiosas, hacía dos años que estaba viuda y se la citaba como ejemplo de honestidad y recogimiento.

Si aquello llegara á saberse era cosa de suicidarse.

Pero no, el remedio de todo está en el dinero y la marquesa era muy rica.

El causante de todas aquellas inquietudes se mostraba satisfecho de su obra y pensaba en una segunda parte, olvidando ó ignorando aquello de que nunca segundas partes fueron buenas.

Y así pasó el tiempo para todos y se cumplió el plazo impuesto por la Naturaleza.

Se habían tomado las mayores precauciones, y apenas salió al mundo aquel desventurado fué en vuelto en una sábana y entregado al cochero para que hiciera de él lo que creyera conveniente advirtiéndole, sin embargo, que lo más práctico y más hacedero serfa arrojarlo al río ó dejarlo en el primer portal que encontrase abierto.

Cargó el asturiano con el fardo y mientras caminaba empezó á recordar su infancia, los cuidados que costaba á su pobre madre el mantenerlo y vestirlo, la abnegación con que trabajaba su padre y la ternura con que lo abrigaba entre sus brazos en las heladas noches de invierno. Sintió que se humedecían sus ojos y al oír que el recién naci-

do lloraba lo apretó contra su pecho y recordó que una paisana suya había perdido un niño de pecho dos días antes.

El cochero pensó que dando una pequeña cantidad á la pobre mujer se encargaría muy gustosa de la crianza del niño y á su casa enderezó sus pasos.

El convenio se hizo y el niño encontró una ubre sana y abundante que lo sustentase.

El padre quiso conocer aquel aristocrático retoño y cuando lo hubo destapado volvió los ojos horrorizado: era un pequeño monstruo.

Dió el dinero que llevaba á la improvisada madre, prometiéndole mucho más, y se apresuró á retirarse diciendo para sus adentros:

—Todas las picardías que ha hecho la marquesa por deshacerse del muñeco han quedado impresas en su cuerpo.

A las dos semanas no se acordaba de semejante cosa.

En cuanto á la marquesa, no le preocupó ni un solo momento; se repuso rápidamente y reanudó sus devociones y sus rezos, inaugurando la temporada con una novena á la Virgen de la Cinta, que le había sacado de tan mal paso.

—Es un consuelo que haya en el cielo quien se cuide de remediar los tropiezos que se dan en la tierra!

El pequeño monstruo era una sér raquíctico y enfermizo.

La mujer que se había hecho cargo de él cerraba los ojos para no verlo cuando le daba de mamar. De vez en cuando iba á visitar al cochero de la marquesa, al padre de la criatura, y obtenía como limosna algunas monedas de plata.

—Si no fuera por esto—decía—mi marido lo arrojaría al arroyo.

La vuelta del caudillo



—¡Regocijémonos! ¡Ya pronto lo tendremos en Cataluña!

El cochero se encogía de hombros, sin mostrar nunca el más pequeño deseo de conocerlo. La marquesa no sabía que existía su descendiente.

La culpa había pasado desapercibida y esto era lo importante.

Así pasaron algunos años.

Un día dijo el marido de la nodriza:

—Tenemos algunos ahorros, lo suficiente para pasar el resto de nuestros días en nuestra tierra, y he pensado que nos marchemos.

—¿Y qué haremos del niño? ¿Lo llevaremos con nosotros?

—¡De ningún modo! ¡De qué nos serviría!

—De nada; pero me da lástima; ¿qué va a ser de esa pobre criatura?

—Según dijo Domingo, es hijo de una gran señora; que ella se cuide de él.

—No querrá. Lo llevaremos al Hospicio.

—No puede ser. Nos harían mil preguntas y quién sabe si nos meterían en un llo.

Se fueron y se lo dejaron en la casa. El coche-ro estaba de viaje.

El niño vagó por las calles, pidió limosna, y, rendido por el frío y por el hambre, se sentó en el quicio de la puerta de la iglesia.

Al día siguiente el sacristán se lo encontró helado.

**

Los periódicos elogiaban el desprendimiento de la marquesa.

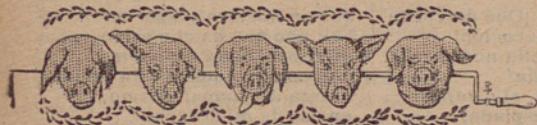
Las revistas ilustradas publicaban su retrato, coronándola de elogios.

Had regalado a la Virgen del Amor Hermoso una diadema de incomparable belleza.

La hermandad de señoras vigilantes de la pureza de costumbres, la había nombrado su presidenta honoraria.

Y en ver ad que era digna de presidir semejante corporación.

J. AMBRUSIO PÉREZ.



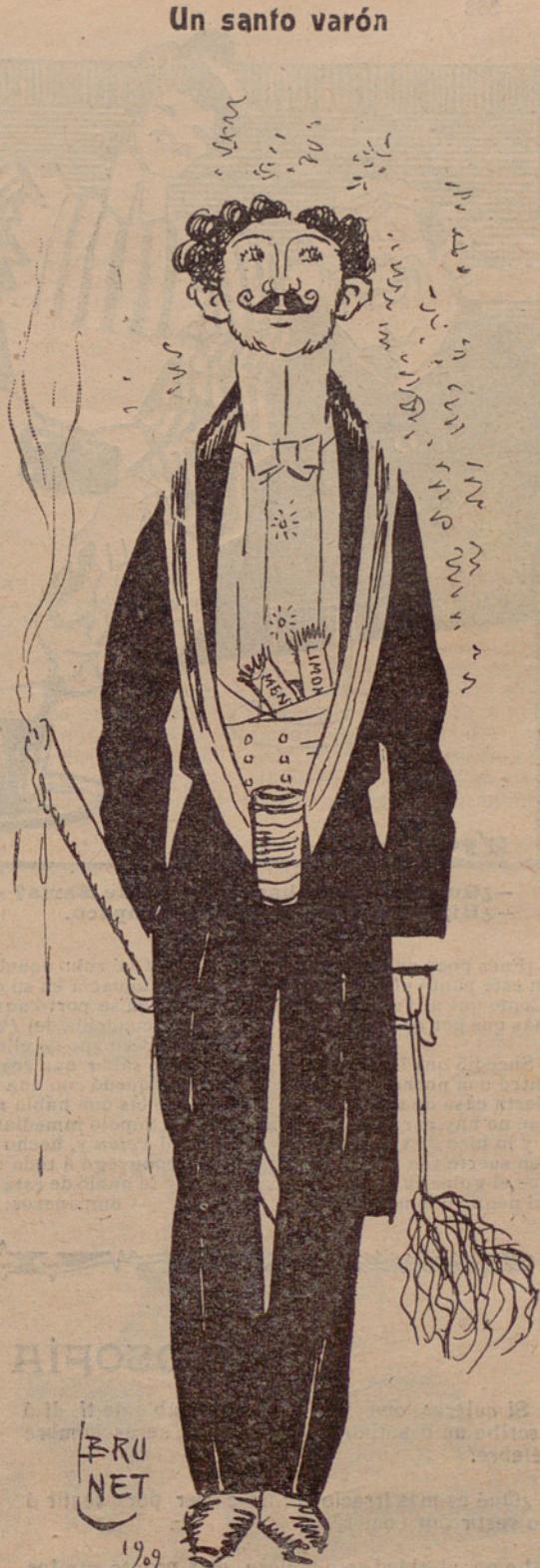
LOS LADRONES

Hace tiempo, no sé cuánto, el Pelón y su cuadrilla estaban siendo el espanto de los campos de Castilla, donde, sin miedo a un azar, vivían tranquilamente, dedicándose a robar a todo bicho viviente.

Y en eterna correría por el monte y por el llano, no se les pasaba día sin dar un golpe de mano.

Era el Peón un bandido ya célebre en la nación porque no había tenido rival en su profesión, y era en muchas ocasiones la envidia de sus cofrades porque también los ladrones tienen sus rivalidades!

Eran sus subordinados, entre todos, los primeros, y hasta los más afamados del gremio de bandoleros.



De santo tendrá todo lo que quieran, pero lo que es de varón...



—¿Quieres que te hagamos hija de María?
—Hija? No señor; ni madre tampoco.

¡Fues poco que se pirraba
en este punto el Pelón!
¡Como que allí no se entraba
más que por oposición!

Sucedió que la cuadrilla
entró una noche á robar
cierta casa de una villa
que no hay para que nembrar;
y lo hizo de tal manera,
con suerte tan admirable,
que el golpe fué de primera,
¡el negocio inmejorable!

¡Qué robo aquell! ¡Qué derroche
de audacia en su ejecución!
¡Bien se portó aquella noche
la cuadrilla del Pelón!

Pero uno de ellos, el Guaja,
sin saber que era espiaido,
se quedó con una alhaja
de las que había robado.
Súpolo inmediatamente
el Pelón y, hecho una fiera,
congregó á toda su gente
y le habló de esta manera:
—Compañeros: He sabido

que en nuestra corporación
hay uno que ha cometido
un robo. (Estupefacción.)

Y como lo que eso ha hecho
atenta al compañerismo,
en uso de mi derecho
ordenó y mando que hoy mismo
de mi cuadrilla se vaya
ese que así nos mancilla,
¡porque yo no quiero que haya
ladrones en mi cuadrilla!

MANUEL SORIANO

FILOSOFÍA BARATA

Si quieras que la Humanidad hab'e de tí, dí ó
escribe un desatino muy grande y serás hombre
célebre.

¿Qué es más irracional: no comer por vestir ó
no vestir por comer?...

La popularidad se adquiere más pronto con los
vicios que con las virtudes.

Si quieras poner á prueba la fortaleza de tu
caríño, procura sorprender á la mujer que amas
antes que entre en su tocador.

El que gana diez y gasta cinco es un avaro ó un
económico.

El que gana diez y gasta veinte es un sér pro-
digioso ó un taumaturgo.

Si quieres tener simpatías con las mujeres,
cuando las veas diles estas palabras: «Cada día
la encuentro á usted más joven.»

Una mujer bonita que se pinta comete una ton-
tería igual á la de una vieja que se tiñe el pelo.

Procure la mujer que su marido esté alejado
del trato de otras muy lindas y acicaladas, porque

El hombre es muy propenso á la comparación y cuando el casado compara es que la infidelidad está llamando á las puertas de su corazón.

**
Suegras amables y cuñadas cariñosas suelen ser con frecuencia más funestas para la paz de un hogar que las gruñonas y hurañas.

**
El afán general de la mayoría de los hombres es procurar encontrar lo que otros buscan.

FRAY GERUNDIO.

EL MONSTRUO DEL ARTE

I.

En el número 715 de la calle de Montgomery (San Francisco de California) residía antes del terremoto y del incendio un francés llamado Teófilo Bouchet. Era un viejo como de setenta años, pequeño de cuerpo, ancho de espalda y corto de piernas. Sus ojos azules, pequeños y vivarachos, los tenía casi siempre velados por un par de anteojos ahumados. Se ganaba la vida exhibiendo figuras de cera en el sótano de su casa. Esas figuras representaban los protagonistas de tal o cual crimen cometido en la ciudad. Eran de cuerpo entero y artísticamente modeladas, simbolizando, en sus menores detalles, actitudes trágicas.

A los tres ó cuatro días de cometerse un crimen sensacional M. Bouchet exhibía en su Museo, de cuerpo entero, al asesino y á su víctima, con realismo tal, que los circunstantes temblaban al contemplarlo. Un día fué asesinada en la cama la mujer del banquero Fulcheri, y á los dos días los curiosos se atropellaban ante el Museo Bouchet, admirando en sus detalles plásticos los horrores de la tragedia. En el primer grupo aparecía la figura de Mme. Fulcheri durmiendo tranquilamente en la mullida cama. En el segundo veíase penetrar en el dormitorio á un hombre enmascarado con una linterna sorda en la mano. Y en el último el acto de estrangular á la dormida. Tanto se habló de este grupo escultórico, que el inspector de policía vióse obligado á visitar el Museo, interrogando á su dueño.

—Mi cuadro, monsieur, es una obra de arte y, por lo tanto, de imaginación. Ignoro si serán uno ó varios los asesinos; mas para simplificar el asunto he introducido en el drama una sola figura. Cuanto menos actores hay en las tragedias, tanto mejor para el ensemble. ¡Voilá!

II

Noche por noche, y á las doce en punto, Mr. Bouchet, después de cerrar cuidadosamente su Museo, subía á su cuarto, disfrazándose de pies á cabeza. Y armado de puñal y revólver, con una linterna sorda bajo el abrigo, echábase á la calle en busca de aventuras. Sigámosle por esta vez en una de esas nocturnas excursiones. Después de recorrer la calle de Montgomery tuerce hacia la de Dupont, deteniéndose fren-

te á una casa de aspecto opulento. Sin duda ya la tiene marcada de antemano, pues sin vacilación ninguna abre con llave falsa la cerradura y, suiviendo cautelosamente la puerta de un dormitorio. Y avanza con el revólver en una mano y la linterna sorda en la otra. En un lecho yacían dos personas dormidas: un hombre y una mujer. Aquél despierta y salta de la cama, mas un tiro de pistola le hace rodar por la alfombra. Y antes de que ella grite el asesino le levanta la tapa de los sesos.

Luego, con diabólica serenidad, saca un lápiz y papel, haciendo un esbozo del cuarto, los muebles y los cadáveres. Hay diamantes en la mesa de noche, pero él no los toca. Es un artista, no es un bandido. En seguida modela en un bloque de cera la yerta fisonomía de las víctimas...

III.

Muy de mañana despiértante las voces de los vendedores de periódicos que gritan:

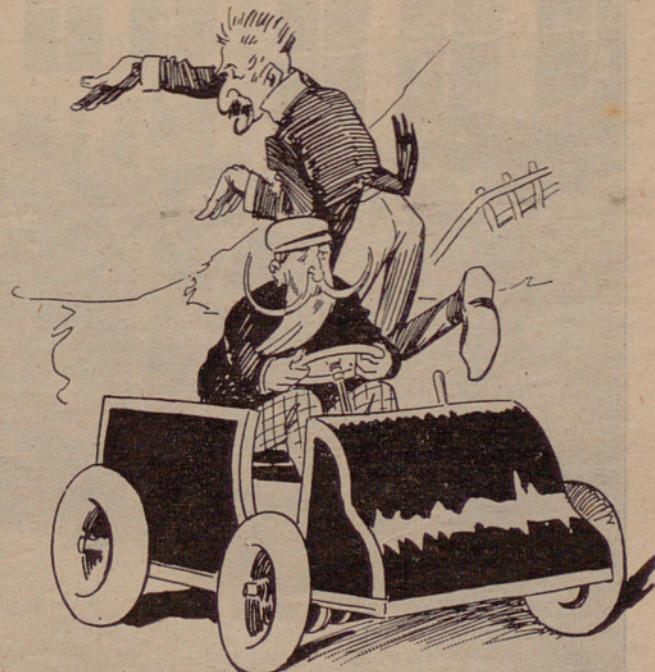
—¡Crimen horrible! Asesinato de Mrs. John William!

M. Bouchet bosteza, se despereza y levanta... Toma un café con leche y desciende á su Museo: se pone á trabajar. Dos oías después aparece en su galería macabra el cuadro horripilante del crimen de la calle de Dupont...

Año por año aumentan las figuras de cera del Museo Bouchet. Y con ellas la reputación artística de su dueño. Y así habría continuado si no hubiera ocurrido el famoso terremoto del 18 de Abril de 1906. El monstruo Bouchet pereció en las ruinas de su casa, dejando un *Diario* en el que constan todos sus crímenes. Su última anotación dice así:

«Hoy maté al banquero Fridland; modelé su estatua en la agonía. Mañana aparecerá en exhibición.»

ALDOFO CARRILLO.



Cuando más aprisa quieren llegar más se alejan del Poder.

El Congreso Agrícola de Tarragona

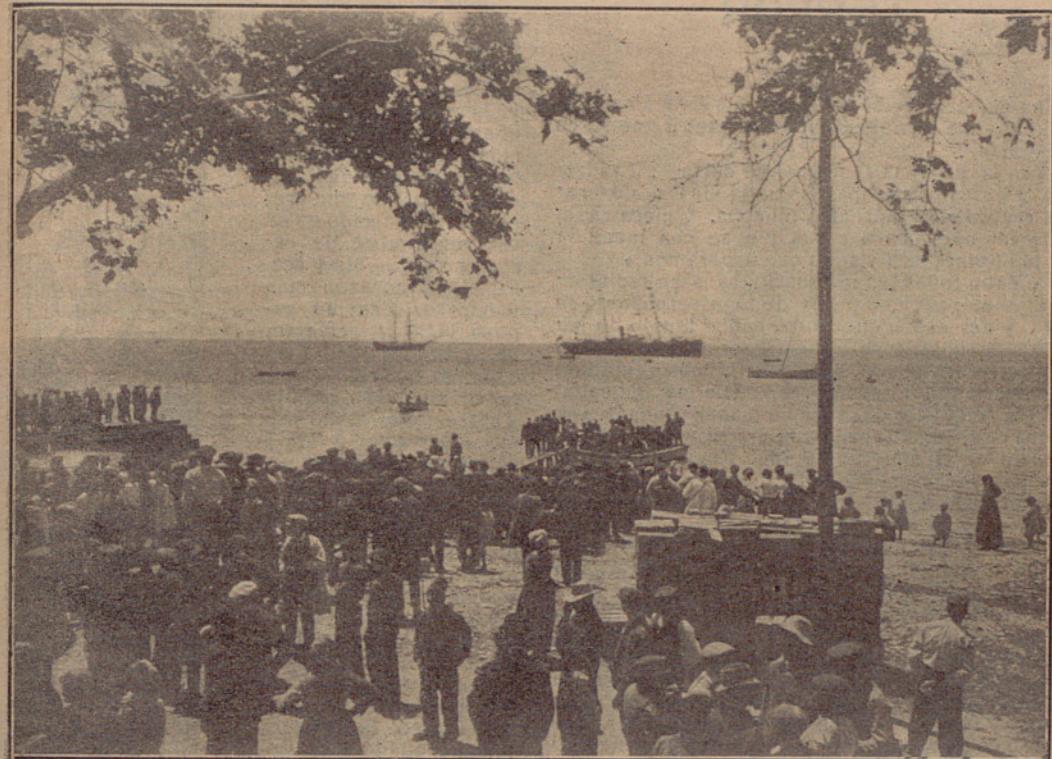


Los congresistas saliendo de la Casa Consistorial para dirigirse al local del Patronato Obrero donde se celebró la Asamblea.



Principales personalidades que tomaron parte en las deliberaciones del Congreso agrícola
(Fots. de J. Braugulí Soler)

Excursión á Rosas



Desembarque de los que, formando parte de la excursión organizada por el Ateneo Enciclopédico Popular, visitaron durante las últimas fiestas la ciudad de Rosas. Hicieron el viaje en el vapor *Nuevo Valencia*.

(Fot. de Anfruns).



Alumnos del último curso de la Facultad de Farmacia, que celebraron con un fraternal banquete, en el Mundial Palace, la feliz terminación de su carrera.

(Fot. de A. Merletti).

TEROR

II

Una mañana recibí una carta de Eva Hamilton en la que me invitaba cariñosamente á que fuera á visitarla.

«Ven la próxima semana —me decía—. Tendrémos el gusto de pasar solas unos días y gozaremos recordando antiguos tiempos. Quiero enseñarte mi nueva casa antes que se vea invadida por las numerosas visitas que esperamos.»

Me daba todas las instrucciones para facilitar me el viaje; pero, á pesar de lo afectuoso de la carta y del deseo que antes había tenido de hacerle una visita, tuve que esforzarme mucho para aceptar la invitación, y le escribí anunciándole que estaría allí el miércoles, como me indicaba; y el día señalado, después de haber llenado dos baúles con elegantes atavíos, parti para Irlanda.

Hacía un tiempo espléndido. El campo estaba delicioso y el mar tranquilo como un lago. Eran las cuatro de la tarde cuando llegué á la pequeña estación de Grangeleigh y encontré á Eva esperándome. ¡Qué bonita estaba con su fino traje blanco de batista y su gran sombrero adornado con rosas!

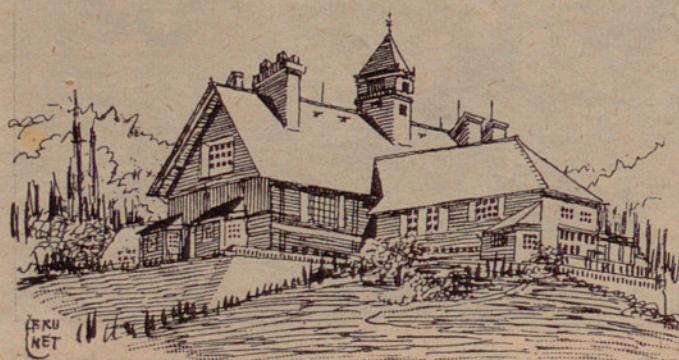
La brisa que sopla venía cargada con todos los esfuvios de mil fragantes flores. Al reclinarme cómodamente en el carroje sentí un alivio y tranquilidad de que me veía privada hacia ya algunas semanas. Los alrededores eran muy lindos y el verde que cubría los campos era ese verde peculiar que sólo se ve en Irlanda. Pasamos por extrañas y pequeñas aldeas, con sus iglesias en ruinas y sus cabañas pintorescas. Veíamos á lo lejos grandes mansiones solitarias, unas desoladas y otras en estado ruinoso.

Conversamos alegremente durante todo el camino, y me parecía que había vuelto á ser la de antes, aun cuando Eva mostrábase asombrada por el profundo cambio que en mí advirtió.

— ¿Qué es lo que te ha sucedido. Millicent? ¿Qué has hecho para haberte puesto así? —me preguntó repetidas veces.

Yo le decía que el clima de Londres no me sentaba y que mi afición á pintar había acaído con mis fuerzas; en fin, todo menos la verdad. No me atrevía á darle cuenta de mis extrañas apariciones nocturnas, creí que sería mejor esperar algunos días, porque así me encontraría más fuerte.

Me acosté esa noche con el espíritu y el corazón más alegres, y me quedé dormida escuchando el canto del ruiseñor que se había posado en el grupo de pequeños árboles que se levantaban frente á mi habitación.



¡Qué semana tan dulce y encantadora fué aquella! ¡Qué días tan largos y tranquilos y qué noches tan serenas y hermosas! Recuperé el apetito y el buen humor. Cuanto más trataba á Enrique Hamilton, más simpático me era. No había conocido en mi vida un hombre de carácter más noble y recto, ni de corazón más generoso. Era un esposo ideal y perfecto, un adorador de Eva; conmigo invariablemente se mostraba amable y cortés. Me estimó primero por amor á Eva y acabó por quererme como amiga, por mis propios méritos. Era entusiasta partidario de todos los spo ts y trabajos al aire libre y pasaba buena parte del día recorriendo á caballo su hacienda. Solía irse después del almuerzo y no volvía hasta la hora de la comida.

Así pasó la primera semana. Llegó el día señalado para el arribo de los numerosos invitados de la feliz pareja. Eva estaba algo nerviosa, cosa muy natural en una joven recién casada, y yo, desgraciadamente, me encontraba atacada por un fuerte dolor de cabeza neurálgico que, á pesar de todos mis esfuerzos, no pude ahuyentar.

Me quedé, sin embargo, para ayudar á Eva en la recepción de sus huéspedes y les servímos el té en el gran hall. Era éste un hermoso local con tres grandes ventanas bajas que daban sobre los hermosos prados y los alegres lechos de flores. Al otro lado del hall, enfrente de las ventanas, se encontraba la gran escalera con balaustres tallados. Sobre ella colgaban de la pared hermosos y extraños espejos con marcos antiguos de plata, los cuales habían pertenecido á una tía de Enrique, que se los había dejado —según me dijó Eva con cierta tristeza— como única herencia, porque los Hamilton, aun cuando gozaban de bienestar, no eran ricos. Alrededor del hall había una linda galería, considerada como uno de los sitios más confortables en aquella cómoda casa. Estaba arreglada bonitamente con variados sofás y sillones, y fué allí donde se sirvió el té; presentaba hermoso aspecto, con sus mesas rodeadas de finas muchachas, las cuales charlaban alegremente con jóvenes de su edad.

Ayudé á Eva á servir el fragante té; pero me mantuve algo alejada de la reunión, porque estaba muy mortificada por el dolor de cabeza y pensaba retirarme á mi habitación cuando llegara el momento de que los invitados se separaran y fueran á arrigarse en espera de la hora de la co-



mida. Así se lo había indicado á Eva. A las siete retiréme á mi habitación, me recliné en el lecho y quedé medio dormida. De pronto oí pasos frente a mi dormitorio; luego quedó todo en el más profundo silencio.

A la mañana siguiente me levanté animada y contenta; me puse á cantar mientras me vestía, porque experimentaba una sensación de bienestar. Tres semanas me quedaban para gozar de esta vida y volver á la de Londres. Me puse un bonito traje de muselina azul. En un momento de vanidad había elegido ese color, que formaba contraste y armonizaba con mis ojos. Durante los días pasados en Irlanda habían recuperado mis mejillas el buen color y mis ojos su antiguo brillo. La vida de campo me sentaba porque era una vida sin tribulaciones, disgustos y temores.

De pronto me estremecí, pues acudió á mi mente el recuerdo repentino de la cara odiosa y terrible del hombre que había visto en el *hansom* de Londres, la mirada espantosa de sus ojos y la expresión amenazadora de su semblante. Aun cuando estaba muy lejos del lugar donde había visto aparecer aquella horrible visión nocturna, su recuerdo era cada vez más persistente y alcé las manos como queriendo apartarla. De nuevo me encontré ligada á mi fatídica suerte y mi alegría se esfumó como por arte mágico.

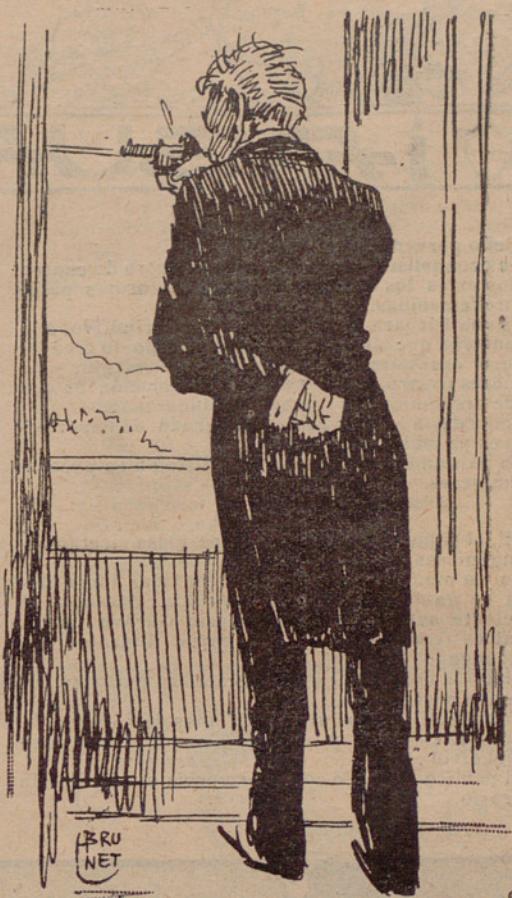
A la hora del almuerzo hallábame muy abatida, á pesar que luché valientemente para dominarme. Ni al almuerzo, ni al *lunch* asistieron muchos de los invitados porque habían emprendido temprano una excursión á los alrededores para visitar unas famosas ruinas allí existentes. Los que habíamos preferido quedarnos pasamos la mañana en el jardín. Después del *lunch* algunas de las jóvenes salieron á dar un paseo en coche, y otras, acompañadas de uno ó dos caballeros, fueron á jugar al *tennis*.

Yo me separé de todos y poniéndome mi gran sombrero de campo salí á caminar sola y sin rumbo fijo. Durante toda la mañana habíame esforzado por aparentar alegría; pero al verme lejos de todos la tristeza y abatimiento se volvieron á apoderar de mí. Me senté al pie de un árbol prensa de sombríos pensamientos.

En todas partes veía el odioso rostro. Parecía me oír el socido de las campanillas y sentía todo mi ser dominado por el mismo espanto y horror. ¿Qué significaría aquello? No podía decirlo ni adivinarlo; sólo sabía que otra vez encontrábame aterrada como cuando vivía en Londres.

Permanecí dominada por la más profunda tristeza y apartada de todos durante el resto de la tarde y sin poner atención á los alegres gritos de los jugadores de *tennis*, ni tijarme en el sonido lejano de la campanilla que llamaba al té. Pero al fin, como el sol se hundía en el ocaso, me apercibí que se hacia tarde, y, con cierto remordimiento por haber faltado á mi deber con la dueña de la casa y sus convidados, crucé el pequeño puente rústico que separa el bosque de los prados y terrazas de la casa.

Reinaba un silencio profundo, no había una sola persona á la vista. No hay duda —pensé—, todos se están vistiendo para la comida y es más tarde de lo que creía. Sin embargo, á pesar de eso, no me apresuré. Pero tenía que entrar. Subí á la terraza y entré en el *hall* por la puerta que daba al



jardín. Me detuve un momento para mirar al esposo de mi amiga, que venía muy apurado, como dándose cuenta de lo avanzado de la hora, y me dijo sonriendo:

—Llega usted tarde como yo.

Acababa de pasar por delante de la última de las tres ventanas del *hall* y me disponía á subir la gran escalera cuando oí los pasos de alguien que bajaba. Eran pasos furtivos de alguien que se detenía en cada peldaño. Involuntariamente levanté la cabeza para ver quién descendía de tan extraña manera y mis ojos se encontraron con un hombre alto que miraba hacia afuera cautelosamente.

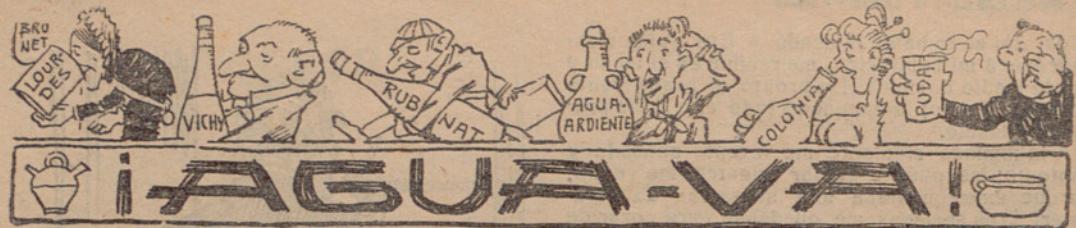
El no me vió. Yo estaba atónita y horrorizada. De súbito volvió él la cabeza hacia el punto donde me encontraba como petrificada y vi una vez más el rostro del hombre del *hansom*. Parecía dominado por el más profundo furor.

Inmóvil, helada y presa de terror mudo, le vi sacar algo del bolsillo interior de su frac, algo que brilló como si fuera de plata. Con sonrisa maligna, espantosa, apuntó hacia afuera por la ventana central del *hall*, que estaba abierta de par en par y sin la persiana. La detonación repercutió en mi cabeza de una manera terrible y vi caer á Enrique Hamilton, al parecer sin vida.

(Continúa.)

A. FELICIA.





¡Bello porvenir!

Un economista húngaro dice que dentro de cuatro siglos todos los hombres ostentarán formas puramente femeninas.

Es una bárbara regresión al tipo primitivo, á la fecundidad que está en el origen de todo lo creado.

Pero antes—en sentir del profeta magiar—los hombres pasarán por un *stade* de evolución en que ha de predominar una imbecilidad marcada.

Conocemos un país en que ese grado de imperfección es ya un hecho.

Un país en el cual los hombres distan bien poco de ser mujeres.

Gil, el popular empresario, tiene ideas ciertamente ingeniosas.

No na muchos días imaginó convidar á una función de gala, con *rientos*, *garrotín* y *farruca*, al excelente actor italiano Ferruccio Garavaglia y á notables (*eminentes*, decía el cartel) literatos del viejo mundo.

Llegó la hora fatal y los literatos no parecían por ninguna parte.

Entonces Gil llamó al señor Planas de Taverne, le ordenó de *eminente* y le acomodó en un ruinoso palco del Tívoli.

El público aplaudió con vehemencia este garrotín literario.

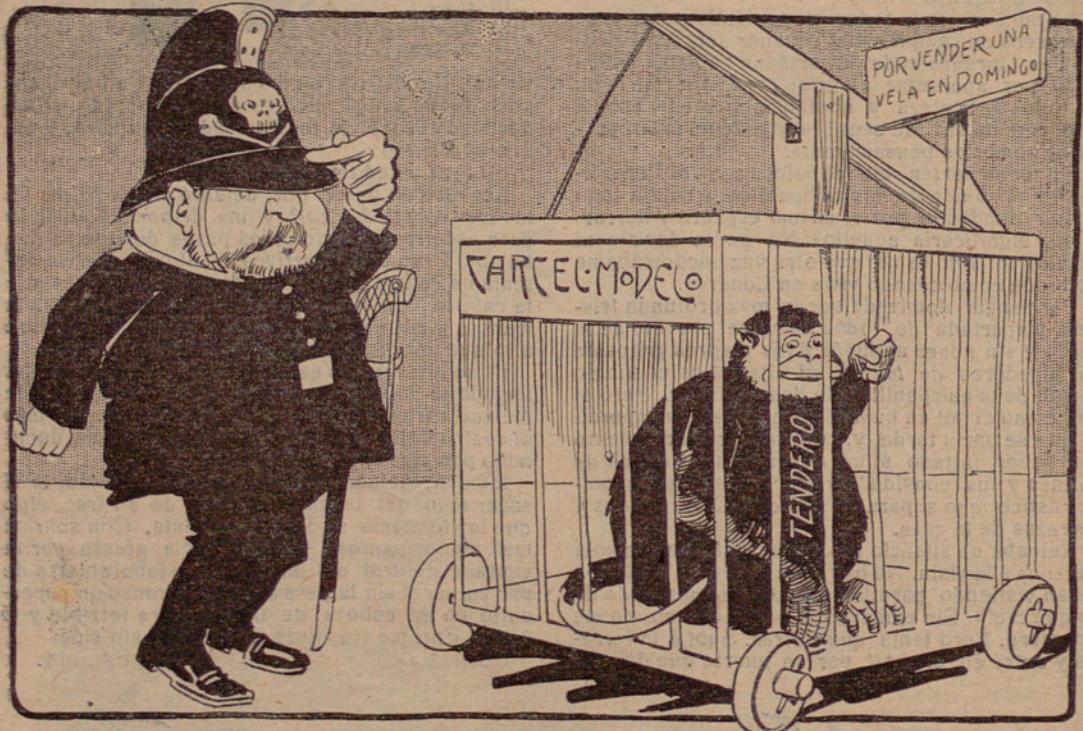
Pero es justo decir que acompañaban al inventor de *Les joies du foyer* otros escritores eximios, descubiertos por Gil, que es muy popular desde que engaña al pueblo.

Dignamente sentado en su silla, Planas de Taverne sonrió á los *spectadores* y concibió el plan de una revista nueva.

¡Ah! pero es de esperar que el *barnum* del Tívoli no se atreverá á jugarnos con esa revista otra de sus insignes pasadas.

Si la obra se representa, que sea á puerta cerrada..

Los siete conservadores que en Barcelona tenemos han celebrado reunión para tomar los acuerdos de hacer labor regional y de estudiar bien el censo. «¡Vaya, es cosa de reírse de los acuerdos expuestos! No se cazan electores valiéndose de *espejue os*, ni porque se estudie mucho se *saca partido* al censo.



—Tu delito no tiene atenuantes. ¡Si quisiera la vela hubiese servido para alumbrar al Santísimo!..

Un plausible rasgo del viejo *B. us*.

Con decisión heroica el decano de nuestros periódicos atacó en su última dominical á las Universidades españolas.

El ataque revela una independencia de carácter rayana en el salvajismo.

Veamos, si no, los antecedentes del hecho.

El señor Baró escribe esas dominicales—desde que los médicos le prohibieron la ruda labor intelectual—, y precisamente en el presente curso uno de sus hijos había caído en las aulas á los golpes de un tribunal de exámenes.

Se trata de un chico que se entretiene estudiando Patología en el Edén y en el circo taurino y que no sirve siquiera para este singular género de estudios. Se le despachó, pues, de un soberbio bajonazo y volverá á ser toreado en Septiembre, con el mismo éxito de ahora. Y entonces el padre, en el colmo de la ira, dirá quizás algo muy grave contra las *chan-teuses*, que son mucho más culpables que la Universidad literaria.

**

Pinilla é Iglesias Ambrosio hacen oposición á la primera Tenencia de Alcaldía. Ambos se ocupan en público de cuestiones municipales para mostrar superioridad sobre sus compañeros de Consistorio y de partido.

Por ocho duros diarios que supone la Alcaldía interina se puede hacer eso y mucho más. Pero ¡ay! seguramente perderán los dos el trabajo.

Saldrá por escotillón Valenti y Camp y dejará burlados á los dos sabios editores.

Aunque entonces la mala sombra del iustre sociólogo será causa de que se apresure el nombramiento de alcalde de real orden.

Y de cualquier manera los perjudicados serán los barceloneses.

Van á dárles dietas
á los diputados;
á los caramelos
agregan turrón...
¡Qué feliz idea
abriga el Gobierno
para restar actas
a la oposición!

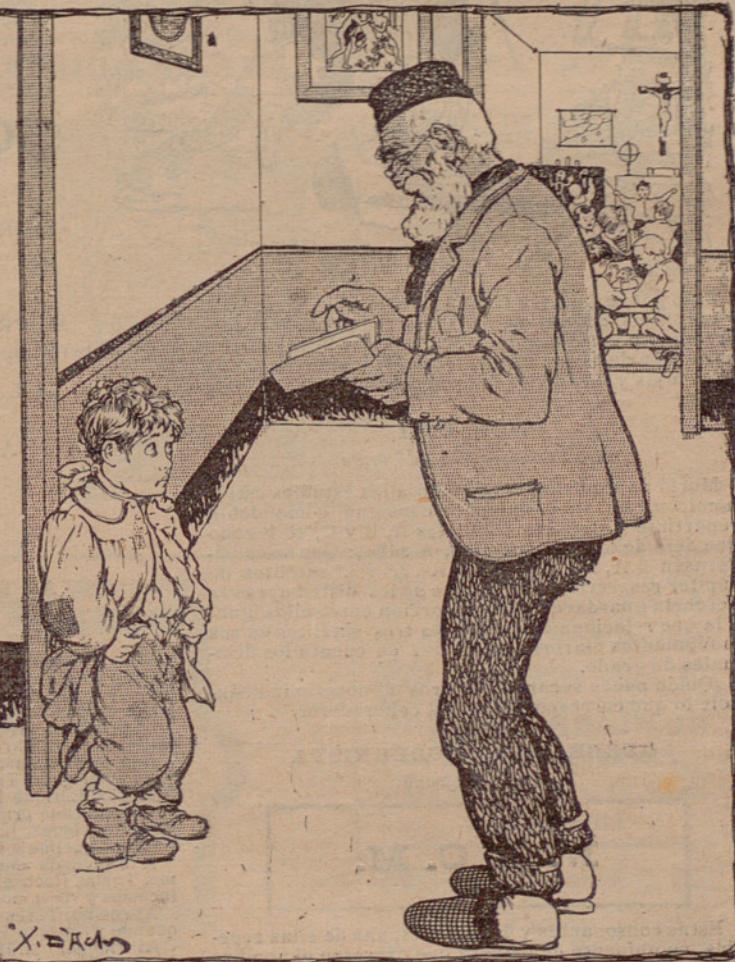
Si por los honores
que el acta merece
y algún destinejo
que puede otorgar
comete el cacique
cien mil tropelias,
ahora, si cobra,
¿qué cosas no hará?

Y esos liberales,
famélicos, débiles,
que ansiosos aguardan
volver al Poder
por lograr un acta,
que son mil cocidos,
¿cuántos imposibles
no querán hacer?

Y los borreguitos
de la mayoría,
que pasan las tardes
diciendo si y no,
si balan ahora
á la voz del jefe,
¿con alguna alfalfa
no lo harán mejor?

Lo que si es seguro
—si es que ese proyecto
concediendo dietas
se llega á aprobar—
que muchos *Vivíos*,
Pernales de actas
se echarán al campo,
campo electoral.

**



—¡Ah, bribón! ¿Y para eso arrancas las hojas del Catecismo?

El domingo corrida internacional de toros con dos cuadrillas en competencia: una indígena y la otra procedente de la gran República mejicana.

Seguramente el porvenir de la fiesta nacional está en América.

La vergüenza torera ha emigrado también allende los mares.

Morros ha sido propuesto para vocal de la Comisión de Cementerios.

Nada más adecuado para el edil lerrouxista. Con una figura como la de Morros sólo se puede aspirar á un empleo en una funeraria ó á un cargo como el que probablemente obtendrá en la Comisión citada.

Séale la tierra leve.

**

Una idea mirifica me encanta.
Prácticamente es cosa muy sencilla.
De Barcelona hacer la Ciudad santa
regida por Pinilla,
con Lerroux en las cimas de la gloria
y Valenti y Vinaixa en lo profundo,
para vencer en la moderna Historia,
desgajados del mundo.

A la enemiga lanza ardientemente
ofreced, pues, el animoso pecho,
y pronto la esperanza del presente
se trocará en un hecho.

**

QUEBRADEKOSPECAZAS

Rompecabezas con premio de libros



Este pobre hombre iba en compañía de su esposa y tres hijas cuando se vió desagradablemente sorprendido por dos facinerosos, quienes le atracaron para robarle lo que llevaba encima. La consorte, las tres hijas y uno de los ladrones han huído. ¿Dónde están?

PROBLEMA

De Francisco Masjuan Prats

Murió un riquísimo aficionado á los estudios astronómicos y en su testamento consignó cómo debía repartirse entre sus parientes A, B y C, el legado que dejó de 6.060.000 pesetas, á saber: Que se considerasen á A, B y C como al 1.^o, 2.^o y 3.^o satélites de Júpiter respectivamente y que se les distribuyese la herencia guardando una proporción entre ellos igual á la que relaciona entre sí á los tres satélites en sus movimientos diarios, sin tomar en cuenta los decimales de grado.

¿Quién puede sacar de apuros al notario indicándole lo que corresponde á cada coheredero?

QUEBRADEKOSPECAZAS MODERNISTA

De José Straub

N. R. C. M.

Estas consonantes y dos vocales, una de ellas repetida, combíñense de manera que expresen el nombre de un pueblo de la provincia de Sevilla; vuélvanse á

combinar de modo que designen un pueblo de Mallorca y combíñense por vez tercera de forma que expresen persona investida de la suprema autoridad.

CHARADA

De José Alaróv

—Total es con su mujer muy feliz.

—Prima tercera lo conoces?

—Prima tres siempre segunda prima a.

ROMBO

De Segismundo Fernández

*

* * *

* * * *

* * *

*

Sustitúyanse los puntos por letras de modo que combinados vertical y horizontalmente expresen: consonante, verbal, nombre de mujer, mineral y vocal.

SOLUCIONES

(Correspondientes á los quebraaderos de cabeza del 22 de Mayo.)

AL ROMPECABEZAS CON PREMIO DE LIBROS

Sobre las olas

AL PROBLEMA ARITMÉTICO

Deberá imponer cada año 109'032 pesetas.

A LA LETRA NUMÉRICA

Gumersinda

A LAS CHARADAS

Lotterías

Acero.

AL ROMBO

Benicarló

AL TRIÁNGULO SILÁBICO

Venecia

Han remitido soluciones.—Al rompe cabezas con premio de libros: Francisco Puig y Siul. Entre dichos solucionistas se distribuirán por partes iguales los cien cupones canjeables por libros.

Al problema aritmético: Pedro Riquelme, Joaquín Sistachs, Enrique Parés, Isidro Herreiz y Juan Rodríguez.

A la letra numérica: María Balasch, Teresa Maymó, Juan Rodríguez, Tomás Recasens, M. Marsal, Joaquín Sistachs, Enrique Parés, José Straub y Juan Vilacamps.

A la charada primera: Teresa Maymó, María Balasch, Juan Rodríguez, Juan Vilacamps, M. Marsal, José Straub, Pedro Riquelme y Joaquín Sistachs.

A la segunda charada: María Balasch, Pedro Riquelme, Tomás Recasens, José Straub, M. Marsal, Juan Vilacamps y «Una modista».

Al rombo: Teresa Maymó, Juan Rodríguez, Pedro Riquelme y Enrique Parés.

Al triángulo silábico: María Balasch, Teresa Maymó, Joaquín Sistachs, Pedro Riquelme, «Una modista», Juan Vilacamps y Tomás Recasens.

PRIMER PREMIO

que recomiendan los médicos más eminentes para combatir con éxito seguro la **Neurastenia, Clorosis, Debilidad, Palpitaciones, Convalecencias y demás enfermedades nerviosas**. Se entregará GRATIS una muestra en elegante caja metálica á quien lo solicite al autor. — **B. DOMENECH**, farmacéutico. — Ronda San Pablo, 71, Barcelona.

del Excmo. Ayuntamiento de Barcelona lo ha obtenido la farmacia del Dr. Doménech, en donde se elabora el maravilloso tónico-reconstituyente **Fosfo-Glico-Kola Domenech**,

Pidase para curar las

ENFERMEDADES NERVIOSAS

BROMURANTINA AMARGÓS

(nombre registrado del)

ELIXIR POLIBROMURADO AMARGÓS
QUE CALMA, REGULARIZA Y FORTIFICA LOS NERVIOS
UNIVERSALMENTE RECOMENDADO POR LOS MÉDICOS MÁS EMINENTES

Su acción es rápida y maravillosa en la **EPILEPSIA** (mal de Sant Pau), **COREA** (baile de San Vito), **HISTERISMO**, **INSOMNIO**, **CONVULSIONES**, **VERTIGOS**, **JAQUECA** (migrana), **COQUELUCHE** (catarro de los niños), **PALPITACIONES DEL CORAZÓN**, **TEMBLORES**, **DELIRIO**, **DESVANEJIMIENTOS**, **PERDIDA DE LA MEMORIA**, **AGITACION NOCTURNA** y toda clase de Accidentes nerviosos.

Farmacia del Dr. **AMARGÓS**, PLAZA DE SANTA ANA, 9.

DOLOR

reumático, inflamatorio y nervioso, se logra su curación completa, tomando el tan renombrado **DUVAL**, que con tan feliz éxito vende la conocida farmacia Martínez; Centro calle de Robador (esquina San Rafael, 2).



DESCONFiar



DE IMITACIONES

A PLAZOS

SIN AUMENTO. — Trajes novedad NOGUÉ, sastre. Doctor Bou, 6, pral.

ENRIQUE ARGIMON

AGENTE DE ADUANAS
Pasaje de la Paz, 10, pral.
BARCELONA

JARABE VERDÚ Demulcente, cura petismo, Escrofulismo; Llagas piernas, garganta Eczemas; Granos; Caspa. — Escudillers, 22, Barcelona



CORPUS NACIONAL